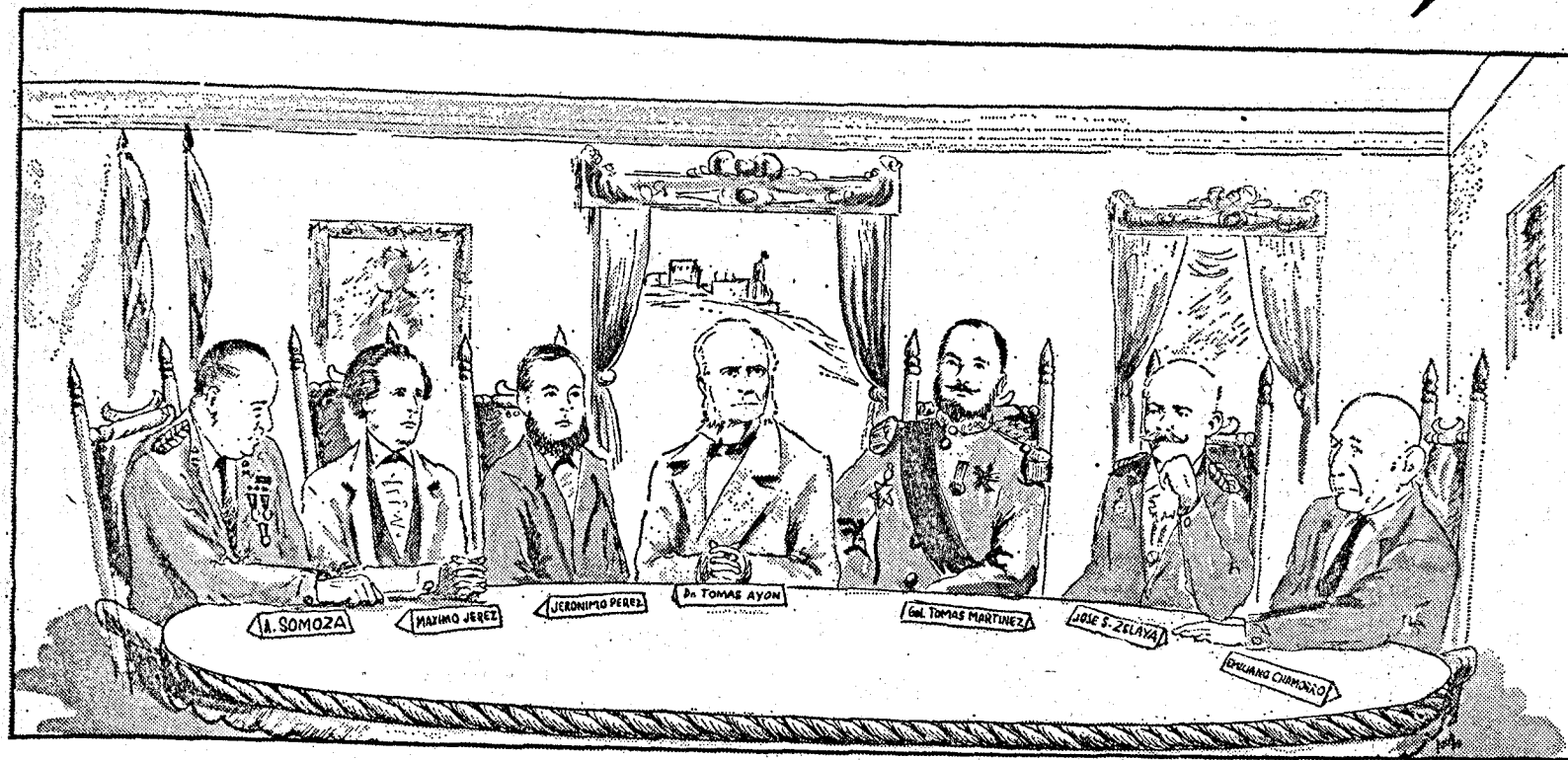


# (Sobre la Reelección)

escrito a máquina.



## Mesa redonda al otro lado de la historia

"Si no os encontráis a gusto en esta casa, podéis partir; pero iréis antes a la mansión de los muertos, a pedir consejo al alma del adivino Tiresias el ciego, el único a quien Perséfone permitió conservar su lucidez entre las fantasmales sombras..." (Homero. Odisea).

Una cruz de ceniza sobre la frente del hombre inicia la Cuaresma. Algunos opinaron: "Es buena cosa que el hombre recuerde, siquiera una vez al año, que es polvo y que en polvo se convertirá". Yo pensé: lo bueno no es tanto pensar en la muerte como mirar la vida desde la muerte.

—Pasa a la Pág. 2 Nº 1—

Poder adquirir —al contacto anticipado de nuestra ceniza— la formidable lucidez de los muertos... Si con sólo diez o veinte años de vida, las cosas que nos parecían más graves se nos reducen a dimensiones casi vergonzosas, qué será ver la vida desde el ojo de mosca de la muerte que mira simultáneamente TODO en el espacio y en el tiempo?... Recordé la costumbre de aquella tribu africana de Cabo Verde que al elegir Rey lo golpean y hieren hasta dejarlo exánime. Si sobrevive, su autoridad es acatada porque regresa de la muerte y va a gobernar con la lucidez que otorga la muerte. Es una forma demasiado severa de aplicar la cruz de ceniza, pero una forma de sabiduría primitiva que nos advierte la importancia de trazar sobre la política y sobre el arte de gobernar el signo de lo precedero. ¿No sería útil —me pregunté— consultar, siquiera una vez al año, a los que conquistaron la suprema experiencia; leer la historia, no con las pasiones de los vivos sino con el total y sabio desprendimiento de los muertos? No sé si este pensamiento siguió dando vueltas en mi cerebro. Pero recuerdo que, coincidentemente, estuve oyendo hablar a un grupo de amigos —por cierto muy heterogéneo— sobre la situación de Nicaragua: Preocupación política. Preocupación económica. Anestesia de un destino sombrío. Y luego la noche... El sueño...

Ciertamente, el lugar no es oscuro. Al contrario, una luz, quizás un poco irreal, baña el recinto donde están reunidos. Son muchos. En viejos libros de mi padre y en álbumes de antiguas fotografías que él coleccionaba he visto sus fisonomías y no me es difícil reconocerlos. Por ejemplo, reconozco a quien ahora habla por sus ojos fogosos y su naturaleza nerviosa: es Máximo Jerez. Dialoga con un hombre apuesto y calmo a quien el mando le dio una aparente seguridad dominante: es el General Tomás Martínez. Los demás escuchan, mientras el doctor Tomás Ayón, historiador y juriconsulto parece el "moderador" —palabra completamente inapropiada— en esta moderada mesa redonda de difuntos. Cuesta un poco entender a los muertos, no porque sus palabras sean sombrías sino porque ellos son simultáneos. No recuerdan. SON sus vidas: las asumen sin tiempo. Son toda su edad simultáneamente. El General Martínez habla de su primer período de gobierno —el primer gobierno después de la Guerra Nacional y el más unánime, fraterno y fructuoso período político de la historia nicaragüense—, pero en vez de recordar veo a Martínez y a Jerez juntos, mortales, asistiendo a un Te Deum, y Jerez, oratístico, exclama entonces: "Tributemos gracias infinitas al Todopoderoso, Padre universal del género humano porque Nicaragua todavía existe y porque sus hijos, aprovechando las lecciones de una dolorosa experiencia, serán más celosos por su conservación y engrandecimiento".

—¡Ah! —exclama el General Martínez, señalando a Jerez— ¡Pero tú, Máximo, fuiste el que me sonaste al oído la idea de reelegirme! —"Tu candidatura es esencialmente conciliadora. No debes convocar a elecciones porque no conviene alterar la paz..."

Pasándose la mano sobre sus largos bigotes oigo al General José Santos Zelaya.

—"Siempre hay quien nos aconseje lo que queremos oír".

El General Martínez asiente. Con rostro arreventido agrega: —Y fui a la reelección. Y gané.

—¿Y qué sucedió? —pregunta reflexivo el doctor Ayón—. Inmediatamente tu propio consejero se levantó en armas. La guerra de 1863. Jerez, apoyado por Honduras y El Salvador invade con dos mil hombres. Otra vez la sangre. Otra vez el pueblo al sacrificio. Primera reelección: primera revolución.

Oigo la voz del viejo don Pedro Joaquín Chamorro, quien, en el fondo se yergue y levantando el dedo alza su voz avasalladora: —"Fue una infracción flagrante cometida

contra el Código santo que los pueblos pusieron en nuestras manos!"

—Era la primera oportunidad para educar a un pueblo en sus normas jurídicas —continúa el doctor Ayón—: nos habíamos dado una ley, y en la primera ocasión en vez de cumplirla, la autoridad da el mal ejemplo violándola. En nuestra política la subversión siempre comienza arriba. Usted, General Martínez, es verdad que venció a Jerez pero no venció los odios que volvieron a encenderse para siempre. ¡Toda la dolorosa ganancia de la Guerra Nacional la echó a perder una sola reelección!

—¡Toda! —dijo secamente una voz. Miré hacia ella, arriba. Humilde en su altura solitaria vi a José Dolores Estrada.

Martínez asintió con su noble cabeza. Suya era una frase histórica: —"Desde entonces tuve que gobernar manteniendo al país en campaña".

—Después de una reelección sólo se puede gobernar al país por las armas! —comentó, con frase cortante y experimentada el General Zelaya, mientras su mano volvía a alisar sus blancos bigotes prusianos.

—Su caso —dijo el doctor Ayón— es la experiencia más aleccionadora...

—Mi caso —interrumpió Zelaya— es la triple experiencia de tres reelecciones. Una progresión geométrica de inconformidad abajo y de regresión arriba. Yo traté de contrarrestar, con un gobierno revolucionario, reformador y progresista esa reacción de inconformidad que produce siempre el continuismo. Quise que mi obra hiciera olvidar la ley, una ley a la que no le veía significación. Pero no se puede ir a la democracia sin alterabilidad. Mis tres reelecciones provocaron otras tantas revoluciones. La regresión a esas revoluciones (cárceles, fusilamientos, sangre) produjo nuevas subversiones: hasta que la violencia acumulada estalló. Una última revolución (por que siempre hay un último capítulo!) me echó del poder en 1909. Caí yo y con mi caída arrastré la caída de mi partido.

(Mientras Zelaya hablaba su historia se proyectaba en veloces y vivos acontecimientos: Revolución de 96, revolución de 97, guerra con Costa Rica, estallido del cuartel, fusilamiento de Castro Guandique, revolución del Lago, guerra con El Salvador, guerra con Honduras, revolución de la Costa... en un horizonte cárdeno ensombrecido por un girar lento y lúgubre de zopilotes sobre los campos de batalla...)

—El mal de nuestra América —dijo el historiador Jerónimo Pérez moviendo tristemente la cabeza— es la marrulla. Una palabra baja pero tremendamente válida en nuestra vida política. Nunca cumplimos con las reglas del juego que nosotros mismos nos imponemos.

—Pero, fíjese usted, don Jerónimo —dijo el doctor Ayón— observe esta constante histórica en el revés de la trama: no hay gobernante reeleccionista que no imponga, inmediatamente que se reelige, el mismo artículo prohibitivo contra la reelección. ¿Por qué esa insistencia en zurcir lo que rompen? La Constituyente que lo eligió a usted, General Zelaya, fue la asamblea más revolucionaria y libre de nuestra historia ¿por qué no borró para siempre la vieja prohibición republicana? —"Artículo 1º: Eligese Presidente de la República al General J. S. Zelaya SIN LUGAR A REELECCION". ¿Por qué aparece esa frase? ¿No será el subconsciente de la historia que no cesa de encender su luz roja, gritando: PELIGRO!? Hay leyes que son largas y costosas experiencias convertidas en normas. Violárlas no es saltar sobre una inofensiva palabra, sino trastornar todo un sistema y destruir todo un vasto tejido de relaciones humanas. ¿Qué opina usted, General Chamorro?

—Mi caso es una variante que agrega experiencia —dijo pausadamente Emiliano. Para volver al poder yo usé otros medios (sonrió cazarrajamente y movió el dedo índice como disparando un arma invisible). El Lomazo.

—Pero cerró el cauce legal.

—Sí. Depuesto el Presidente Solórzano, la ley designaba al vice-

presidente Sacasa para sucederle. El Congreso me eligió a mí.

—Y su reelección provocó la revolución.

—Una sangrienta revolución —dijo, al fondo del grupo, una voz irónica y cortante. Volví los ojos y reconocí al General Moncada.

—Su vuelta al poder —dijo Avón— le costó el poder a su partido.

Emiliano sólo entrecerró los ojos. Entonces el doctor Ayón se volvió hacia el último personaje de la mesa que había estado en silencio escuchando el diálogo.

—¿Y usted, General?

El General Somoza García sonrió levemente:

—Ya lo dijo recientemente en el mundo de los vivos mi distinguido ex-ministro Sacasa Guerrero. A mí me costó la vida.

Todos callaron. No se oía ni el vuelo de un ángel.

—Esta es, pues, la experiencia de nuestra historia —dijo yo en voz alta tratando de llegar a una con-

clusión terrena.

—No toda!, —exclamó el Dr. Ayón, y me señaló al fondo una multitud incontable que se perdía entre las etéreas luces. Habría que oír a esos!... Son los sacrificados por esa costosa y por lo tanto valiosa palabra-ley. Son los que cayeron "en defensa del orden" sirviendo a sus gobiernos y los que cayeron en defensa de la libertad sirviendo a las revoluciones...

Quise avanzar para oír la voz mavoritaria de la sangre. Pero un ser impenetrable, quizás un ángel, se interpuso. ¿Es que acaso los sacrificados ocupan un sitio sagrado e inaccesible?... El Ángel me miró con rostro impasible. Luego extendió su ala inmensa y cegadora que cubrió con su relámpago todo el cielo. Entonces desperté.

—¡Dios mío! —pensé—; ¡Lástima que haya sido yo el que soñó este sueño y no el Presidente de la República!

PABLO ANTONIO CUADRA